Relato de una segunda gira de predicación

Un sermón de George Müller de Bristol

El lunes 10 de julio de 1876 por la noche, el Sr. Müller, que acababa de regresar de una larga gira de predicación que se extendió durante diez meses, dio cuenta de sus labores durante ese período a una gran congregación en la Capilla de Bethesda, en la Gran calle George. Después de cantar un himno y una oración, el Sr. Müller dijo:

El objetivo, amados hermanos y hermanas, de por qué propongo que tengamos esta reunión es, sabiendo cuán fervientemente orasteis por mí y por mi amada esposa, tanto por el servicio para el Señor, como con respecto a la bendición para la salud de nuestro cuerpo y nuestra alma, parece correcto, conveniente y apropiado presentar ante vosotros un motivo de acción de gracias, ya que el Señor ha sido extraordinariamente bueno con nosotros en todos los sentidos. En cuanto a nuestra salud, hemos estado notablemente bien. Si puedo referirme a mí mismo, tengo motivos para decir que durante los cuarenta y tres años que he estado en Inglaterra, nunca he tenido un solo año en el que haya gozado de mejor salud que durante los últimos doce meses, y me encuentro ahora tan capaz de trabajar, tanto en el cuerpo como en la mente, de la misma manera que hace cincuenta años. No hay ni una pizca de diferencia en cuanto a energía mental y fuerza. Y en cuanto a la voz, nunca durante toda mi vida fue más fuerte que durante los últimos doce meses, ni siquiera cuando comencé a ministrar la Palabra y lo hacía diez o doce veces por semana, incluidos los servicios al aire libre. Nunca tuve un compromiso, pero pude cumplirlo, aunque durante el tiempo que estuve fuera prediqué 328 veces. Ahora bien, esto es un asunto de acción de gracias y, como sé que habéis sido tan amables de recordarnos una y otra vez, no solo en estas reuniones, sino en las otras capillas, y como tengo motivo más que suficiente para creer, también en secreto, siento que es justo que se sepa como tema de alabanza y acción de gracias, cómo el Señor ha estado escuchando vuestras oraciones; y os agradecemos de todo corazón el amable interés que habéis mostrado por nosotros. No sufrimos ningún daño en todos los miles de kilómetros que hemos recorrido.

Así que, con respecto a la ayuda que el Señor ha dado, solo la eternidad puede demostrar respecto al beneficio y bendición espirituales; pero esto lo digo para alabanza de su nombre, cualquiera que sea la apariencia, aunque lo digo yo mismo, estoy seguro de que nunca estuve en una sola ciudad o pueblo sin dejar la huella del Maestro. Bendición, bendición en abundancia, dejada atrás, más especialmente entre los hijos de Dios, aunque hubo mucha bendición entre los inconversos. Mi objetivo especialmente no era ir como evangelista, aunque lo hice, y con mayor poder y ayuda que nunca; sin embargo, ese no era el objetivo, sino la edificación del pueblo de Dios, buscar ayudar a los creyentes y, sobre todo, preocuparme por fortalecer a los jóvenes discípulos; y en todos los sentidos y en todo lugar Dios bendijo abundantemente los trabajos, de modo que una y otra vez me dieron gracias por la bondad de acudir a ellos. Y una y otra vez se enviaron delegaciones para agradecerme por haber ido al lugar, por la bendición que habían recibido. Lo que tengo que decir da la sensación de elogiarme a mí mismo. He contado el costo; sé bien cómo uno

u otro que no me conoce, y que no desea recibirlo de mi parte como deseo de alabar al Señor, escuchará en estos palabras de autocomplacencia y autoestima. Pero esto debo dejarlo en el Señor. Busco agradarle. Pero has de saber esto, que si buscara alabarme a mí mismo, el bendito Señor pronto me humillaría.

Cuando partimos, la primera etapa fue Londres. Estuvimos allí quince días y prediqué catorce veces. Esta esfera de servicio siempre me ha parecido una de las partes más gloriosas de mi labor para el Señor, porque tuve, de cincuenta o cien iglesias diferentes, personas viniendo, de modo que entre los 3000 o más que me escucharon en la Conferencia Hall en Mildmay Park, eran personas que venían de todos los barrios de la ciudad. Durante todo todo el tiempo, el Señor me ayudó en gran manera, y creo que resultó en una bendición más abundante. Prediqué a recién convertidos cinco veces, así como a otros cristianos, y asistí a la reunión del mediodía. Después de esto, volvimos nuestros pasos hacia la tierra escocesa, porque en la gira de predicación anterior no habíamos llegado a Escocia, y eso estaba particularmente en mi corazón.

El Sr. Müller volvió a exponer luego las circunstancias que en un principio lo llevaron a dedicar su tiempo a este servicio, y dio como sus principales razones: 1) Porque en su trabajo y labor en relación con la Iglesia en Bristol durante cuarenta y tres años, había acumulado una cierta experiencia debido a la cantidad de tiempo; y 2) Porque también había acumulado una experiencia considerable en relación con el trabajo de los huérfanos que podría ser útil para otros.

Sobre estos informes, dijo: Sentí una medida de responsabilidad puesta en mi corazón para beneficiar a otros hijos de Dios en forma de consuelo, instrucción, advertencia, y que debía hacer todo lo posible para ayudar a otros creyentes. Muchos pueden darme testimonio de cómo durante años les he presentado una y otra vez la importancia no solo de orar por los evangelistas y estar agradecidos por ellos, sino de orar por los pastores y maestros, para que los recién convertidos sean guiados. Después tuve en mi corazón el deseo de seguir la obra que Dios había realizado por medio de los amados hermanos Moody y Sankey, yendo a los lugares donde habían estado y buscando beneficiar a los recién convertidos. Esto se me ha permitido hacer, de modo que ahora casi ningún lugar queda por visitar. Hemos estado en York, Sunderland, Newcastle, Londres (dos veces), Dublín, Glasgow, Dundee, Liverpool, Aberdeen, Inverness, Kilmarnock, Wick; de modo que, que yo sepa, solo quedan Manchester y Birmingham. Y mientras iba de un lugar a otro, vi la profunda importancia de estar cada vez más comprometido con el trabajo en el que estaba, porque la bendición que se ha comunicado a través de estos amados hermanos estadounidenses estaba aquí y allá, en cierta medida, comenzando a enfriarse; de ahí la profunda importancia de dar una mano amiga, de despertar, de fortalecer a los discípulos, de traer ante ellos el no estar satisfechos con las primeras impresiones, sino que busquen crecer, y en particular, tener cuidado de no perder su primer amor.

El primer lugar que visitamos en Escocia fue Kilmarnock. La iglesia parroquial más grande, con capacidad para 1800, fue puesta a disposición para mí por el anciano ministro, un hombre verdaderamente evangélico. Prediqué allí tres veces; también en dos iglesias libres diferentes, la iglesia de la Unión Evangélica y el lugar de reunión de los llamados Hermanos, siete veces en total. También prediqué una vez en Saltcoats. En todas partes

nos recibieron con la mayor amabilidad y no se necesitaron cartas de recomendación para un solo lugar. Me conocían en todas partes; en todas partes fui amado y estimado. Se abrieron corazones y púlpitos con deleite. Esto lo sentí como el dedo de Dios señalando cuál era su voluntad con respecto a mí. Tenía razones para creer que sería así, porque mi corazón ha estado por la Iglesia de Cristo durante muchos años. Amo a todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo, y fui amado entre todas las denominaciones, y por todas ellas he sido recibido con los brazos abiertos, y gran bondad fue mostrada por cada uno, por los episcopales, las iglesias nacionales, los presbiterianos unidos, morrisonianos, congregacionalistas, bautistas y los llamados Hermanos, ¡nada más que amor se me mostró en todos los ámbitos! Si hubiera tenido diez veces más tiempo, podría haberlo usado todo. Tan vastas eran las brechas, tan abundantes las aberturas, y no en pequeños rincones, sino en vastas congregaciones. Ahora bien, todo esto fue la confirmación de Dios en cuanto a lo que Él quería que hiciera, para hacer un buen uso todavía de estos talentos preciosos y benditos que había puesto en mis manos para usarlos en los últimos días de mi peregrinaje terrenal. Muchos de vosotros me habéis escuchado orar para que Él hiciera de los días restantes de mi vida la mejor parte de todo mi viaje. Creo que Él está respondiendo a mis oraciones de esta manera, con la condescendencia de usar un gusano vil, miserable y desdichado, para la bendición de decenas y cientos de miles, como el año pasado.

Después de estar en Kilmarnock una semana, fuimos a Dundee. No fuimos a ningún lugar sin una guía clara. Siempre fue manifiesto en cada lugar que Dios nos había enviado allí. El trabajo estaba listo para nosotros y la bendición siguió. Nuestro camino a Dundee se abrió por medio de esta manera: Recibimos una invitación muy cariñosa para asistir a la Conferencia allí. Esperamos en Dios al respecto, y mientras orábamos por ello, la cuestión se volvió clara e inconfundible. Fuimos a Dundee. En esta Conferencia hubo un gran y particular servicio. Un gran número de hermanos en el ministerio estaban presentes, y entre ellos podía procurar hacer lo que se pudiera hacer para ayudarlos en animarlos en el camino; y aunque pueda parecer una jactancia, no me atrevo a retenerlo, porque el 17 del próximo mes se cumplirán apenas cincuenta años de haber estado comprometido en el ministerio de la Palabra, y si no tuviera nada que decir a mis hermanos más jóvenes en el ministerio, sería una vergüenza para mí. Debería poder consolarlos, animarlos y ayudarlos, y por la gracia de Dios sentí que tenía algo que decir. No había forma de reprimir el camino de la falsa humildad, porque para la alabanza, honor y gloria de Dios, podría sacar a relucir lo que tenía que decir. En todas estas reuniones tuve la bendita oportunidad de dar a conocer lo que había aprendido, y todos mis errores los pude manifestar en forma de advertencia. Para hablar dentro de los límites, he tenido la oportunidad de llevar la verdad ante 2000 ministros. En una sola ocasión me dirigí durante aproximadamente una hora a 500 de ellos, y en todas las reuniones estuvieron presentes en gran número. Por ejemplo, destaqué lo provechoso que había encontrado las reuniones de consulta desde mis primeros días en el ministerio; porque aunque eran relativamente nuevas en Inglaterra, no eran nuevas para mí, ya que había comenzado a tenerlas en Alemania en 1828. Luego, ¿cómo conseguir un texto? Cuán profundamente importante es no solo predicar, sino tener el mensaje que Dios quiere que entreguemos. Luego, ¿cuál fue la forma más provechosa de ministrar? No sermonear, sino exponer las Escrituras, para llevar a los discípulos al amor por la Palabra de Dios. A todas partes iba suplicando y rogando que hicieran un buen uso de la Palabra de Dios, que se convirtieran cada vez más en hombres y mujeres de un mismo Libro, que se dedicaran a la Biblia y que

encontraran todo lo relacionado con las cosas espirituales en este Bendito Libro. Y una y otra vez han agradecido y bendecido a Dios por haber sido impulsados a preocuparse de estas cosas.

En Dundee, prediqué en un inmenso salón, llamado Kinnaird Hall, a 2000 o 3000 personas. Además, prediqué en varias iglesias. Entre otras, en la iglesia donde predicó el amado santo McCheyne: la iglesia de San Pedro. También en la iglesia McCheyne Memorial. En todos estos lugares asistí a las reuniones de oración del mediodía, y en particular procuré reavivar el espíritu de oración, porque les expuse cómo todo dependía de tratar seriamente con Dios. En todos los lugares a los que fui, las reuniones de oración se multiplicaron por cuatro o cinco y, a veces, hasta un número mayor; porque traté de presentar ante mis amados hermanos lo que era tratar con Dios con sencillez, esperando grandes cosas de Dios; y así se animó a los amados hermanos a esperar en Dios, y llegó la bendición. Durante los dieciséis días que estuvimos en Dundee, prediqué dieciséis veces, y una vez en el barrio de Dundee, en Broughty Ferry.

De Dundee fuimos a Perth. Un ministro bautista de Perth me había invitado a predicar allí. No sabía nada del lugar excepto que este querido hermano era un hombre piadoso, y que había algunos hermanos amados en comunión durante muchos años, amigos del amado Sr. Craik, que había predicado una y otra vez en esta capilla bautista. Descubrí que era un lugar pequeño y estaba abarrotado al máximo. Luego prediqué en el ayuntamiento. Cuando llegamos allí, había diez o doce ministros del pueblo esperando para recibirnos. Como no tenían servicio por la noche (la predicación en Escocia era generalmente por la mañana y por la tarde), estaban allí para darnos a mí y a mi amada esposa la mano derecha del compañerismo. Luego fuimos dentro del ayuntamiento. Cuando vieron la sala abarrotada, dijeron: “Se ha anunciado que el Sr. Müller predicaría en la capilla bautista, pero la gente no cabe allí”; así que notificaron que predicaría en la Iglesia Presbiteriana Unida cercana. Todo esto lo arreglaron ellos mismos, sin consultarme en lo más mínimo, mostrando su encantador espíritu y su disposición a recibirme. Solo estuvimos allí cinco días, y luego fuimos a Glasgow, no solo porque allí estos hermanos estadounidenses habían trabajado, sino porque fui invitado a asistir a la Conferencia. En la Conferencia, la multitud fue inmensa, alrededor de 5000 personas estaban presentes y cientos no pudieron entrar. Hubo casi una completo disturbio por este motivo, pero se dijo que el Sr. Müller repetiría su discurso en una de las iglesias vecinas, lo cual hice, y también tuve la oportunidad de ampliar el tema allí, que no pude hacer en la Conferencia, debido al número de ponentes. Todos los días del Señor prediqué en el Teatro Prince of Wales a entre 3000 y 4000 personas. Entre estos había unos 2000 cristianos, que habían venido allí para conseguir algo de alimento espiritual, ya que no hay iglesias abiertas por la noche. Las tardes de la semana predicaba en las iglesias más grandes del lugar. Prediqué cinco noches de lunes diferentes a los recién convertidos, y los lugares estaban abarrotados al máximo, los pasillos y las escaleras del púlpito estaban ocupados, el número presente era de unos 1600, todos recién convertidos. En otro momento hablé con trabajadores cristianos en una iglesia que albergaba a 1600 o 1700 personas. Fueron admitidos por entrada (ticket), para asegurar que todos fueran obreros cristianos genuinos. Luego prediqué también en la iglesia en la que predicó el Dr. Craik (hermano de nuestro difunto hermano el Sr. Craik). En la reunión del mediodía estuve presente tanto como me fue posible; y allí, a las doce en punto todos los días, tenía una congregación de alrededor de

1000, entre los cuales se encontraban un gran número de ministros. Un obispo episcopal se encontraba una y otra vez entre mis oyentes, y yo también tuve alguna conversación con él. Así continué en varios lugares. Puedo mencionar que cuanto más tiempo permanecí en lugares, no vinieron menos, sino que el número aumentó; el gusto y apetito por la verdad aumentaron.

En Inverness comenzaba con 400 o 500, pero cuando nos íbamos, el lugar estaba abarrotado. No busqué entusiasmar a la gente, sino llevarlos a la Biblia y hacerlos valorar la Biblia y la oración, y esperar grandes cosas del Señor.

Estuvimos en Glasgow treinta y cinco días y prediqué treinta y cinco veces. También en Kirkintilloch una vez, en Pollockshaws una vez y en Hamilton otra, haciendo un total de treinta y ocho veces.

Mientras estaba en Glasgow, recibí una invitación urgente de Dublín para ir a la Conferencia allí, pero dude sobre aceptarlo, a causa de la gran bendición en Glasgow. Después vino una carta firmada por diecisiete ministros en Dublín, suplicándome que fuera. Por fin sentí que debería irme, ya que debería tener una bendita oportunidad en Dublín. A pesar de mi aversión natural a hacernos a la mar, fuimos; aun en pleno invierno, fuimos; y era de Dios que fuésemos, porque las oportunidades fueron bendecidas. Prediqué en las tres salas más grandes, es decir, las salas Metropolitan, Merrion y el Palacio de Exposiciones. Luego prediqué también en una de las iglesias libres contiguas y asistí a las reuniones del mediodía. Dondequiera que fui, estas reuniones del mediodía estuvieron a mi disposición de inmediato. “Sr. Müller, puede tenerlas por completo, y dirigir en cada una de ellas”. Y en la mayoría de sitios lo hice. En Dublín, el Señor estaba conmigo, y fui bendecido en abundancia.

Mientras estaba en Dublín, tuve tiempo de revisar las cartas que había recibido mientras estaba en Glasgow, y entre ellas había una que me invitaba a ir a Liverpool y predicar en el Victoria Hall, carta que no había leído hasta entonces. Desde mi regreso, puedo decir que he revisado las cartas de invitación y ahora tengo no menos de noventa y ocho cartas de las ciudades más importantes. Cuando leí la carta de Liverpool, pensé que era demasiado fuerte para mi voz, debido al tamaño; pero oramos al respecto y finalmente accedí a ir allí. Estuvimos veintiún días en Dublín y prediqué veinticuatro veces.

Antes de ir a Liverpool, fuimos a Leamington en Warwickshire, donde prediqué quince veces; a Coventry, donde prediqué dos veces; en Rugby una vez; en Kenilworth una vez. Durante los veintisiete días que estuve en Leamington y su vecindario, expuse las Escrituras todas las mañanas en un gran establecimiento.

Luego fuimos a Liverpool. Las mañanas del día del Señor íbamos al Albion Hall para partir el pan, y por la noche al Victoria Hall. El Señor fortaleció mi voz y prediqué once veces la primera semana en este lugar. Fuimos a York por una semana. Luego regresamos a Liverpool y prediqué nuevamente en Victoria Hall seis días después. Muchos de los comerciantes de Liverpool vinieron desde Exchange para escuchar el discurso en las reuniones del mediodía. ¡En total, prediqué en el Victoria Hall treinta y nueve veces!

De allí fuimos a Kendal; y aquí es notable decir que, como se deseaba un lugar grande, la querida Sociedad de Amigos ofreció su lugar de reunión, siendo el más grande de la ciudad. Prediqué allí dos veces y otras dos en otros lugares. Luego fuimos a Carlisle, donde prediqué una vez.

Luego fuimos a Annan, donde prediqué en la Iglesia Presbiteriana Unida. En este lugar el total de habitantes es de 3000, pero de estos 600 estaban presentes.

Después fuimos a Edimburgo, donde permanecimos seis semanas. El Salón de Asambleas de la Iglesia Libre se puso a mi disposición y se me pidió que diera discursos en todas las reuniones de oración del mediodía y que celebrara tantas reuniones como tuviera fuerzas. En Edimburgo prediqué cincuenta y tres veces. Cuando estuve en Glasgow, tuve una reunión con unos 100 ministros de todas las denominaciones. En Edimburgo tuve una reunión similar, con unos sesenta o setenta ministros. Hicieron una serie de preguntas sobre la pastoral y el ministerio de la Palabra, y todo fue de lo más afectuoso. También me dirigí a una reunión de unos 800 obreros cristianos y, a petición de un profesor, me dirigí a muchos estudiantes de teología durante aproximadamente una hora.

Después de dejar Edimburgo fuimos a Arbroath; luego a Montrose y prediqué allí cuatro veces; posteriormente a Aberdeen, donde estuvimos tres semanas. Aquí, además de otras reuniones, tuve dos solo para mujeres: una reunión de 1600 y otra de 1000. La primera noche, Dios dio testimonio de la victoria de uno de ellos, que era maestro y fue llevado al conocimiento del Señor. De allí fuimos a Ballater y luego a Crathie. Prediqué seis veces cerca del terreno de su Majestad, el castillo estaba a la vista. Vinieron varios miembros de la familia de la reina: uno de ellos, una dama alemana; también el ama de llaves y el jardinero principal, que también es uno de los ancianos de la Iglesia Libre. En ese momento sucedió que había una comunión en la Iglesia Libre, y el querido ministro me pidió que hablara en este servicio.

Luego fuimos a Braemar, donde prediqué dos veces. Luego a Inverness, Wick; y hasta el extremo de Escocia, predicando en la parroquia donde está la casa de John O'Groat; y la población dispersa vino de tres a seis millas para escuchar. Luego a Inverness de nuevo y de regreso a Inglaterra. Me propuse quedarme dos semanas más en Escocia, pero la muerte de un viejo amigo cristiano hizo necesario que regresara antes. Llegamos a Reading, donde estuvimos trece días, y prediqué trece veces. Luego a Londres nuevamente por diez días, predicando diez veces.

Ahora os dejo a vosotros, mis amados hermanos, que se formen su propio juicio en cuanto a cuál es mi negocio. Pero a cualquier conclusión a la que puedas llegar, solo puedo decir esto: Día a día hemos estado clamando a Dios por orientación, luz y dirección; y cuanto más tiempo he estado involucrado en este servicio, más veo que es la voluntad de Dios que dedique la noche de mi vida a esta obra bendita. Aquí estoy: Esta parece la voluntad de mi Padre Celestial; y hasta que no hable de otra manera, ¿qué puedo hacer sino entregarme a este servicio? Porque siento que se me ha impuesto la responsabilidad de atenderlo, por las oportunidades disponibles que tengo en cada lugar; por el amor que he recibido en todos los sitios; por la confianza que los santos tienen en mí dondequiera que vaya. Dicen: "Te conocemos por tu nombre desde hace mucho tiempo; y estamos

encantados de verte y escuchar lo que tienes que decir". Descubrí que donde nadie más podía ir, me recibieron con los brazos abiertos. Los hermanos me han dicho: "Bueno, iremos y se lo diremos a tal ministro con respeto; pero no hay posibilidad de que te deje predicar. La respuesta ha sido: "¿Es el Sr. Müller de Bristol? ¿El Sr. Müller de las casas de huérfanos? Encantado de dejarlo predicar". Nunca antes se había oído hablar de algo así. Así que ya ves las oportunidades que Dios abre en todas las direcciones, y siento la responsabilidad de usarlas. Me he sentido así: "Yo he sido siervo de los santos aquí durante cuarenta y tres años, y me deleito en ministrar entre ustedes; y antes, cuando me fui por un mes, siempre fue como un destierro para mí, y me alegré cuando llegó el momento de volver. Todo esto ahora es diferente. Veo que Dios me guía; y por mucho que me opuse a partir de Bristol, ahora estoy listo para seguir la dirección del Señor. Mientras le plazca darme salud, fuerza y voz, así como darle al Sr. Wright salud y fuerza, y mientras no haya nada de carácter urgente que me llame de vuelta, ¿qué puedo hacer sino obedecer y atender este evidente llamado de Dios para entregarme a Él? No puedo decir qué será, por supuesto, en el próximo año, porque ahora tengo casi setenta y un años; pero en la actualidad este es mi feliz y bendito servicio, en el que me propongo pasar la noche de mi vida.

Ahora os encomiendo este asunto, mis amados hermanos, pidiéndoos que me ayudeis con vuestras oraciones; pidiendo a Dios para que nos sostenga física, mental y espiritualmente en nuestro precioso servicio; que se complazca en usarnos, tanto a mí como a mi amada esposa, que regala tratados y habla una palabra en privado. Todo lo que podemos hacer es encomendarnos a sus oraciones, para que Él haga con nosotros cada vez más.

---

www.george-muller.es

Este sermón se trata de una traducción realizada por www.george-muller.es del documento original proporcionado por The George Muller Charitable Trust, fundación que sigue el trabajo comenzado por George Müller y que actualmente trabajan en Bristol, concretamente en Ashley Down Road, y que se dedica a promover la educación, el cristianismo evangélico y ayudar a los necesitados. Para más información, puedes visitar su web www.mullers.org